

INTRODUCCIÓN A LA REFORMA CLUNIACENSE

(DESDE LA FUNDACIÓN EN 910 HASTA LA
MUERTE DE PEDRO EL VENERABLE EN 1156)

1. Introducción

La reforma monástica realizada por Cluny entre principios del siglo X y fines del XI es uno de los grandes temas de la historiografía medieval. No solo por sus implicaciones religiosas, sino también por la centralidad que este movimiento tuvo en la sociedad medieval. No es fácil definir al monacato cluniacense, puesto que podía significar tanto la pertenencia directa de un claustro y su comunidad a la abadía de Cluny y la obediencia al abad de ese monasterio, como el uso de las costumbres de esa abadía sin ningún lazo legal directo ni contacto real con la misma. Como buena parte de los fenómenos sociales y religiosos de la Alta y Central Edad Media, el movimiento de reforma cluniacense es muy flexible y adaptable. Por eso, no puede ser designado como una orden, antes del siglo XII (de hecho no hay órdenes en el sentido tardo medieval o moderno antes de la fundación del Císter). Los medievalistas, finalmente, se han puesto de acuerdo en designarlo como *Ecclēsia Cluniacensis*, una red de monasterios unidos por distintos lazos, que pueden ir desde la sumisión al centro monástico representado por la abadía de Cluny hasta una relación mucho menos institucionalizada, basada en la hermandad con el monasterio madre.

Por otra parte, es muy importante tener en cuenta que Cluny sufrió la propaganda antagónica de la reforma del Císter, cuyo objetivo era diferenciarse de los monjes negros y justificar su existencia como una nueva forma de monacato, que implicó de hecho la fractura del monacato benedictino medieval tradicional. Es necesario recordar que buena

¹ Alfonso Hernández Rodríguez, Doctor en Historia por la UBA y la Sorbona.



parte de la primera generación de monjes blancos eran monjes negros que habían dejado sus monasterios, con lo que ello implica para el concepto de estabilidad monástica. En todo caso la propaganda fue lo suficientemente efectiva como para cubrir al monacato cluniacense de un manto de decadencia —que tenía sus fundamentos en la crisis de Cluny en tiempos del abad Ponce— y oscuridad, que persiguió a Cluny hasta el siglo XX. Esta mirada negativa sobre Cluny fue facilitada por su repliegue durante la modernidad, cuando se convirtió en una orden francesa y perdió su proyección europea, fenómeno que no sufrió la orden del Císter. Además, *de facto* Cluny desaparece con la Revolución Francesa y el más simbólico de sus edificios (la tercer Iglesia abacial de Cluny) fue demolida casi íntegramente. Cluny sufrió sin poder defenderse desde fines del siglo dieciocho y hasta el veinte las acusaciones (oscurantismo clerical y superstición) tanto de la historiografía Ilustrada y positivista, que estas dirigieron al periodo medieval en general, como los ecos de la propaganda anti-cluniacense, contenidos en los textos apologéticos del nuevo monacato reformado de fines del siglo XI y principios del XII.

La rehabilitación de la tradición cluniacense tuvo dos vertientes. La primera de ellas estuvo directamente relacionada con los intentos de restauración conservadora en la Francia del siglo XIX y principios del XX y la segunda se produjo durante el siglo XX y fue ante todo académica. En ese sentido, durante el siglo XX (sobre todo a partir de la segunda mitad del mismo), se puede encontrar una tradición historiográfica de corte romántico, que ensalza el monacato cluniacense, y otra más académica dedicada a explicar las razones del surgimiento, auge y decadencia de la Reforma Cluniacense, dentro del contexto de la sociedad europea cristiana medieval.

2. Fundación y auge

Con la desestructuración del orden político carolingio y el surgimiento del primer feudalismo, a partir de fines del siglo IX, la obra de reforma monástica que había iniciado san Benito de Aniano (750-821), por instrucciones de Ludovico Pío en torno a 816-817, se había detenido. Uno de los logros fundamentales de las reformas del abad carolingio fue la imposición en todos los monasterios del Imperio (casi toda la Europa Cristiana) la *Regla* de san Benito de Nursia, como regla única. Esto implicó el paso de la pluralidad de reglas y formas de vida claustral a la homogeneización, fenómeno típicamente carolingio. San Benito de Aniano es, desde este punto de vista, el verdadero creador del monacato benedictino medieval. Las razones para adoptar la *RB* son varias, pero

probablemente la de mayor peso sea la “romanidad” de la regla, porque fue nada menos que el papa san Gregorio Magno (540-604) quien escribió la biografía de san Benito de Nursia (480-547), y los reyes carolingios eligieron unificar el cristianismo latino bajo la forma específicamente romana del mismo, dado el peso de los escritos de los papas tardo-antiguos –Gregorio en particular–, para establecer cuál era la verdadera forma del cristianismo.

Como ocurrió con buena parte de las reformas religiosas y culturales carolingias, desde mediados del siglo IX y principios del X, el impulso reformador perdió la fuerza proveniente del centro de poder carolingio (la/s corte/s reales) y se regionalizó. Por esto, a partir de principios del X, serán los señores de distintas regiones quienes impulsarán o apoyarán la reforma monástica. Esta no puede ser separada de la reforma de la totalidad de la sociedad cristiana, sino que continuará con la lógica de unificación y romanización que la dinastía carolingia le había impreso durante el siglo anterior. Es precisamente de esta tradición carolingia de donde Cluny toma algunas de sus características centrales: el apego a la unidad en torno a la *RB*, a la uniformidad litúrgica y a la centralización.

En este momento debemos hacer un pequeño paréntesis, para señalar que la lógica del ejercicio del poder creado por la dinastía carolingia –que hacía coincidir en la figura del rey o emperador la dirección política de la sociedad y la conducción religiosa de la Iglesia–, se conservó en la mitad oriental del Imperio, donde los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico continuaron ellos mismos con la tradición carolingia y se convirtieron en los líderes de la Iglesia Imperial, así como jefes político-militares. Por lo tanto, la evolución del monacato “alemán” es distinto del de la mitad occidental francesa e italiana. Esto explica que la influencia de Cluny, que necesitaba de la libertad monástica para expandirse, haya sido limitada en el Sacro Imperio, donde la reforma monástica más importante –la de Gorze– nunca salió de la esfera de influencia imperial.

La abadía de Cluny fue fundada en 909 o 910 (en general se acepta esta última fecha) por Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania. La fundación de un monasterio encarada por un noble no tenía nada de novedoso; sin embargo hay una característica fundamental en la carta fundacional de Cluny: el claustro era liberado de cualquier intervención externa (laica o eclesiástica) y era puesto bajo la autoridad y protección del Papado.

La relación entre Reforma Cluniacense y Papado es fundamental en la historia de Cluny. La abadía se construye espacialmente como otra Roma y el abad de Cluny tiene, dentro de los territorios inmediatamente sometidos al monasterio, la autoridad absoluta que tiene el Papa en torno de Roma. La relación entre ambas estructuras eclesiásticas es rica y compleja. Las exenciones otorgadas por el papado a la abadía, le permitieron

a ésta última la consolidación de sus libertades frente a los señores laicos y eclesiásticos. Por otra parte, Cluny fue, de alguna forma, para el Papado el “laboratorio” de la Reforma Gregoriana. Esta última, al menos en sus orígenes, estuvo profundamente influenciada por la ideología y religiosidad ascético-monástica. De alguna forma podemos decir que Cluny intentó convertir a toda la cristiandad en un gran monasterio y que esta dinámica reformadora fue continuada por el Papado reformista, con principios ascéticos muy similares y en coincidencia con la abadía. El monacato carolingio (sobre todo en algunos intelectuales de la escuela de Auxerre) había concebido una cristiandad conducida por una *élite* ascética-monástica; ese programa fue tomado por Cluny (cuyo fundador intelectual e ideológico fue Odón, alumno de Remigio de Auxerre, último gran sabio de esta escuela), pero sirvió de base para la Reforma Gregoriana, que buscó construir esa *élite*, no solo con cuadros salidos de los monasterios, sino también con el clero secular o regular (no benedictino) obediente a Roma. De allí, la importancia que tenía para el Papado reformado y reformista de los siglos XI y XII el celibato y la lucha contra la simonía, que de hecho implicaba de alguna manera “monaquizar” al clero secular.

La libertad monástica de Cluny es una de las características sobresalientes de su historia. Los abades cluniacenses se aseguraron de obtener de Roma las confirmaciones y ampliaciones de esta libertad que consideraron necesarias. La notable independencia de Cluny respecto de la autoridad laica y episcopal, le permitió llevar a cabo durante los siglos X y XI la reforma de otros monasterios, que se fueron sumando a la red de claustros que conformaba la *Ecclesia Cluniacensis*. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta se centraba mucho más en la relación que cada abad de Cluny establecía personalmente con los otros monasterios, antes que en un lazo institucionalizado entre un centro monástico y una periferia. La Iglesia cluniacense era mucho más una federación de monasterios asociados en torno de la figura carismática de los grandes abades de la abadía. Un dato importante, que no debe ser dejado de lado, es la longevidad –asombrosa para la Edad Media– de tres de ellos.

El primer abad de Cluny fue Bernón. Guillermo de Aquitania (875-918) lo convocó porque era una personalidad eminente del mundo monástico. Poco sabemos de su vida. Nació hacia 860 en una familia importante de Borgoña, fundó la abadía de Gigny entre 885 y 888. Hacia 888, Rodolfo I de Borgoña le entregó la abadía de Baume. En 910 se convirtió en abad de Cluny, pero dirigió las tres abadías a título personal, practicando el multiabadiato. Poco sabemos de su acción en Cluny y él mismo considera su obra inconclusa en su testamento de 926, en el que deja esta abadía a Odón, quien lo sucederá como abad. Cluny es así sepa-

rado de Gigny y Baume.

Entre 927 y 942, Odón será abad de Cluny. Nacido hacia 879-880, proviene de una familia aristocrática de Touraine, relacionada con Guillermo de Aquitania. Su formación intelectual es muy sólida, incluso en París fue discípulo de Remigio de Auxerre, uno de los últimos grandes sabios carolingios. Profesa en Baume hacia 905, bajo el abadiato de Bernón y en torno a 910 es ordenado sacerdote. Es casi con seguridad el redactor de la carta de fundación de Cluny. En esos primeros años, escribió su primer obra de importancia: las *Collationes*. Más adelante continuará con su actividad y escribirá un *Comentario a Job* basado en los *Moralia* de san Gregorio; un relato de la historia de la salvación desde la Creación: la *Occupatio*, y la vida del primer santo laico no mártir de la cristiandad latina: la *Vita Sancti Geraldi*. Además fue compositor de himnos y antífonas. El fondo de la biblioteca de la abadía se constituye con el centenar de manuscritos que él aportó. Odón exaltaba la figura de san Pedro, patrón de la abadía, lo que lo convierte en un defensor de la autoridad papal. Pero también utiliza esta relación especial con la sede petrina para sostener los proyectos de reforma monástica de la abadía, a los que Odón se dedica, no sin oposición de las comunidades monásticas que se le encomienda reformar. Su éxito es lo suficientemente importante como para que el papa Juan XI en 931 autorice a Odón a recibir a todos los monasterios que deseen ser reformados y a todo monje cuyo abad se niegue a la reforma. Esta expansión de la reforma implica también el aumento, a través de donaciones, de los bienes materiales de la abadía, que son confirmados por reyes y papas. Una de las principales características del abadiato de Odón, que se convertirá en uno de los rasgos más notables de la Reforma Cluniacense, es su insistencia en la liturgia que convierte al monje ante todo en un *orator* profesional. Murió en Saint-Julien de Tours el 19 de noviembre de 942 y allí fue enterrado.

El sucesor de Odón fue Aimar, cuyo abadiato se extendió de 942 a 954, aunque a causa de su ceguera a partir de 948, delegó las funciones de abad en quien sería su sucesor, Máyolo, pero conservó el título hasta 954. Es poco lo que se sabe sobre Aimar. No queda claro si su origen es aristocrático, aunque es posible que así fuera, e incluso hay dudas acerca de si fue designado en el cargo de abad por su antecesor o si fue elegido por la comunidad por sugerencia del mismo. No existe una *Vita*, pero Odilón lo recuerda como un buen administrador en su *Vita sancti Maioli*. Los hechos destacados de su abadiato son la confirmación de la libertad de la abadía de toda dominación del papa Agapito en 948 o 949, y la afirmación de la implantación de la abadía en el Mâconnais, Charolais, Bresse y la expansión hacia los Alpes del sur y el Valle del Ródano. Aimar murió en 963 y fue inhumado en la abadía. Máyolo, su sucesor, se había

hecho cargo de la dirección de Cluny en 954.

Máyolo es el hijo de una familia de la aristocracia de Provenza, nacido en torno a 910. Ingresó a Cluny después de 940 y fue designado *armarius*, a cargo de los libros y probablemente archivos. Su personalidad era la de un hombre de acción, en constante relación con los hombres más poderosos de su época, característica que lo llevó a viajar en numerosas ocasiones. En el retorno de su viaje a Roma de 972 fue capturado por los sarracenos instalados en el sur de Francia. Cluny debió pagar su rescate, pero este hecho obligó a la aristocracia guerrera a reaccionar y el conde Guillermo II eliminó los asentamientos musulmanes en Provenza. El peso espiritual y político de Máyolo era tan grande que Otón II le ofreció el papado en 983, invitación que el abad rechazó. Su gestión de la abadía apoyó el crecimiento de la comunidad: reconstruyó la iglesia abacial, que había quedado chica, y expandió la reforma por el centro sur de Francia, a través de la recepción de monasterios ya existentes. Con el apoyo de Otón II y de su esposa Adelaida difundió las costumbres cluniacenses en Italia, principalmente en Pavía. Estas también se expandirán a otros monasterios al norte de Cluny, que serán reformados por acción de algún discípulo de Máyolo (Heldrico en Saint-Germain d'Auxerre), algún monje cluniacense (Guillermo de Volpiano, reformador de Saint-Bénigne de Dijon) o abad reformador (Abbon de Fleury-sur-Loire). No siempre las reformas serán duraderas y no todos los monasterios serán afiliados a Cluny. Su renombre es tan grande que Hugo Capeto lo convocó para la reforma de Saint-Denis. Máyolo murió el 11 de mayo de 994 en el camino a Souvigny y allí fue enterrado. Prontamente fue canonizado por Gregorio V en 998. Fue el continuador de Odón y Aimar, y por lo tanto practicó el multiabadiato, sin embargo sería el último abad cluniacense en hacerlo.

Durante los cuarenta años del abadiato de Máyolo se produjo un cambio muy importante: además de los lazos de caridad entre los monasterios reformados que habían construido sus dos antecesores, Máyolo controla más firmemente los claustros afiliados, insistiendo en la tutela de Cluny, aunque sin establecer una estructura institucional. Esta transformación de la organización monástica carolingia (abadías independientes estrechamente relacionadas al poder real o a las familias aristocráticas más poderosas) a la construcción de una red de dependencias, con un centro de poder independiente del poder laico o episcopal, cuya cabeza es la abadía de Cluny, es la manifestación de una naciente sociedad feudal, que ha abandonado el modelo de sociedad carolingio. En este sentido, el monacato en general y Cluny en particular no escapaba a las dinámicas propias de la sociedad de su época. Durante el siglo X la abadía construyó la base de un señorío religioso. Máyolo ha preparado el camino para que sus dos sucesores, Odilón y Hugo, lleven a Cluny a su mayor desarrollo.

Odilón de Mercœur nació hacia 962 en el seno de una familia condal. Se educó en el capítulo de Saint-Julien de Brioude y se convirtió allí en canónigo. En 990, a raíz de un encuentro con Máyolo, toma la decisión de entrar a Cluny. Cuatro años después, se convirtió en abad. El abadiato de Odilón también será notablemente largo, de 994 a 1049. Se trataba de una personalidad de gran cultura e inteligencia. Hacía hincapié en la oración y tenía una particular devoción por la Virgen y la Cruz. Dejó algunos textos como el *Epitafio de la emperatriz Adelaida*, himnos y sermones. La expansión de Cluny continuó a través de la tradicional integración de monasterios a la *Ecclésia Cluniacensis*, pero además con la fundación de nuevos claustros. Se afianzó su presencia en el centro sur de Francia, pero además se amplió también en el ámbito germánico e Italia y se le abrieron las puertas de España.

Odilón, al igual que Máyolo, se relaciona con las grandes autoridades de su época: papas y emperadores. Su mirada sobre estos poderes sigue dependiendo de la tradición carolingia. Odilón aceptó la independencia imperial respecto del papado y la posibilidad del emperador de nombrar obispos e intervenir en cuestiones religiosas. Pero, en el espacio en el que se encontraba el núcleo de las posesiones cluniacenses, no había ni rey (el de Francia solo controla un pequeño territorio al norte), ni emperador, ni papa. La abadía debía confiar en sus propias fuerzas, para defender sus intereses de las presiones de un poder laico sumamente fragmentado. En un principio, Cluny confiaba en amenazas de anatemas o rituales como el *clamor* o la humillación de las reliquias (prácticamente huelgas litúrgicas), con el objetivo de contrarrestar las agresiones de los pequeños señores feudales, ante la ausencia de un poder público ordenador. Sin embargo, el relativo fracaso de esta estrategia obligó a Odilón a intervenir en un nuevo mecanismo, inventado por los obispos de Puy en torno a 980, para pacificar a los laicos: la Paz de Dios y más tarde la Tregua de Dios. Esto implicaba que Odilón aceptaba la existencia de un nuevo orden económico, social y político (al que nosotros llamamos feudalismo) y reconocía nuevos interlocutores –los señoríos feudales– en la dirección de la sociedad cristiana, que no estaban previstos en el viejo orden carolingio. Sin embargo, Odilón se enfrentaba a este nuevo orden desde una ideología política, desarrollada por pensadores monásticos carolingios, que dividía a la sociedad en tres: los que oran, los que guerrean y los que trabajan (*oratores, bellatores y laboratores*). En ese esquema, la dirección de la sociedad ya no debía estar en manos de reyes y grandes aristócratas cercanos a los reyes, sino en una *élite* espiritual, ascética y monástica. De alguna forma se puede decir que este es el “programa” de Odilón, que ya había sido esbozado por sus antecesores.

Lo dicho anteriormente no obsta para que la relación de la abadía

con el papado siga siendo muy estrecha. De hecho, en 998 tuvo lugar un hecho fundamental en la construcción de la Reforma Cluniacense. Ese año el papa Gregorio V ordenó que, dentro del ámbito de la abadía, ningún miembro del clero secular podía consagrar iglesias, ordenar sacerdotes ni diáconos, ni celebrar misa sin la invitación y el permiso explícito del abad. Por lo contrario, los monjes podían recibir sus órdenes donde él lo decidiera y cada abad, elegido por la comunidad, podría elegir el obispo que lo consagre. Cluny se convierte entonces en una abadía exenta, lo cual significa que había sido liberada de la jurisdicción del obispo de Mâcon y dependía directamente de la Santa Sede. Este privilegio se amplía en 1024, cuando Juan XIX lo extiende a todos los hermanos cluniacenses, se encontraran en Cluny o en cualquiera de sus dependencias. A partir de 1024, la abadía no solo es un señorío políticamente independiente, sino también una unidad eclesiástica autónoma, por lo tanto, se trataba de un caso excepcional en la historia del monacato. Las concesiones otorgadas por Roma a Cluny llevaron a conflictos entre la abadía y algunos obispos de Mâcon, pero esto no debe generalizarse y extenderse a todos los lugares en los que haya un claustro reformado o fundado por Cluny. Existen numerosos casos de colaboración entre la *Ecclesia Cluniacensis* y el episcopado.

La descripción de hechos realizada en el párrafo anterior, nos lleva a hacernos una pregunta compleja, pero importante: ¿Fue Cluny, en algún momento de su historia, un estado monástico? Por supuesto, la respuesta a esta pregunta siempre estará condicionada por lo que entendamos por estado. La abadía cluniacense controlaba territorio, población dentro de ese territorio, recursos; era soberana, puesto que no tenía ninguna instancia de autoridad superior (salvo el papado, que no se entrometía, ni podía hacerlo, en la vida del monasterio, y se beneficiaba de la ampliación geográfica de su propia autoridad a través de los monjes cluniacenses); el abad era la suprema autoridad de justicia. Estas características no se extendían necesariamente a la totalidad de la *Ecclesia Cluniacensis*, que como ya hemos visto, era sumamente amplia y bastante laxa en su organización, pero sí se manifestaban en el *hinterland* de la abadía, por lo menos desde fines del abadiato de Máyolo hasta el de Pedro el Venerable, un periodo de cerca de ciento cincuenta años. La única característica propia de un estado, de la que Cluny carecía, era un ejército propio. Si bien me inclino a ver en la abadía un estado teocrático monástico, soy consciente de que se pueden hacer muchas objeciones a esta afirmación.

En todo caso Cluny es único y Odilón tuvo consciencia de la peculiaridad de su federación monástica, situación que lo llevó a reflexionar sobre la historia de la abadía y a construir una verdadera ideología cluniacense, cuyo centro es la idea de que Cluny era un instrumento privilegiado para la salvación. Esta idea se manifestó con la escritura de la histo-

ria cluniacense, principalmente a través de las hagiografías de los abades y la recopilación de documentos. Pero, además de conservar la memoria de los santos abades difuntos, Cluny se especializó en cuidar del recuerdo de los difuntos (monjes o laicos que deseaban vincularse de alguna forma a la santidad de los claustros cluniacenses). Entre 1030 y 1033 Odilón estableció la conmemoración de Todos los Santos, el 2 de noviembre, solemnidad extendida a toda la cristiandad por León IX.

A la muerte de Odilón en 1049 en Souvigny, Hugo de Semur se convirtió en abad. Su abadiato habrá de ser extremadamente largo, sesenta años, hasta 1049. No fue designado como sucesor durante la vida de Odilón, pero había sido nombrado gran prior, lo que le permitió con facilidad ser aclamado unánimemente por los monjes de la abadía. Había nacido en el seno de la aristocrática familia de los señores de Semur. Una de las mayores manifestaciones de las pretensiones de grandeza que Hugo tenía para Cluny, fue la construcción de la iglesia abacial, conocida por los historiadores y arqueólogos como Cluny III. La fundación se produjo en 1088, gracias al envío de oro de España. Será la mayor iglesia de la cristiandad hasta la construcción de la nueva San Pedro, durante el Renacimiento.

Hugo mantuvo la tradición de relacionarse con las altas esferas de la política de su tiempo, aunque esto comenzó a generarle conflictos, sobre todo cuando intentó conservar simultáneamente su buena relación con el papado y con el Sacro Imperio, en el momento mismo en que comenzaba el conflicto entre ambos poderes, que es conocido en la historiografía como Conflicto de las Investiduras. El inicio de la Reforma Gregoriana, en donde debe buscarse el origen de los conflictos entre papado e imperio, plantea nuevos problemas para Hugo y la Reforma Cluniacense. Aunque, en el fondo, el objetivo de reforma total de la sociedad cristiana fuera el mismo para el papado y para la abadía, sin embargo, la Sede Apostólica tendrá como objetivo la centralización del gobierno de la cristiandad en Roma y dejará a Cluny y al monacato en general en un segundo lugar. Si no hay conflicto entre ambas instituciones eclesiásticas, sin embargo sí comienza a haber cortocircuitos. A pesar de esto, los pontífices reformistas de la segunda mitad del siglo XI confirmaron la exención y las posesiones de la abadía. Incluso Urbano II viajó a Cluny en 1096 para consagrar el altar mayor de la iglesia abacial, durante el mismo viaje a Francia en el que hace el llamado a la cruzada en Clermont.

Durante el abadiato de Hugo se le abren a Cluny nuevos territorios para la reforma, principalmente Inglaterra y el norte de Francia (en menor medida Castilla, Cataluña y Lombardía) a través de los contactos establecidos con los príncipes de esos territorios, pero además se acentuó la presencia en los antiguos espacios de presencia cluniacense. Otro camino de crecimiento fue causado por el impacto de la Reforma Gregoriana

sobre los laicos, que entregaron iglesias privadas a instituciones religiosas y prefirieron la seguridad de la asociación con Cluny (y sus oraciones) antes que entregarlas al episcopado.

Sin embargo, durante el abadiato de Hugo aparecieron en el horizonte las primeras dificultades. La más clara es la incapacidad de Cluny de tomar nota del nacimiento (en el seno del monacato benedictino tradicional), del nuevo monacato, cuya más clara manifestación –aunque no la única– es la fundación del Císter.

Hugo muere en 1109 y es canonizado en 1120. Durante el abadiato de su sucesor Ponce de Melgueil se manifiestan en forma de crisis las tensiones que Cluny presenta internamente, pero también respecto de los cambios en el mundo exterior.

3. Crisis y recuperación.

Ponce nació en torno a 1075 en el seno de una familia condal cercana a Montpellier. El abad Ponce ha pasado a la historia como una especie de bestia negra de la historia cluniacense. Sin embargo, no se trataba de un abad indigno, sino de un digno sucesor de Hugo. Ponce era un hombre cultivado, interesado en el bien de la abadía y un buen administrador. A pesar de sus dotes es el primer abad de Cluny forzado a dejar el cargo en 1122. Las razones son bastante oscuras, pero en todo caso el fondo de la cuestión es la misma incapacidad de Hugo para darse cuenta de las transformaciones en la vida religiosa y en la lógica política interna de la Iglesia de su tiempo. Ponce no era consciente de que Roma ya no tenía la necesidad, que había tenido durante el siglo anterior, de la actividad reformadora de los monjes, para realizar la reforma de la Iglesia; ni podía saber que el papado estaba en camino de construir una monarquía teocrática centralizada, en la que una confederación independiente de monasterios no tenía una funcionalidad muy clara. Ponce se enfrentó al episcopado, pero ahora el papado prefería una Iglesia construida sobre obispos directamente obedientes a Roma, antes que monjes reformadores. Para principios del siglo XII, la vieja estructura “federal” de la Iglesia, construida sobre redes de obispados interconectados por lazos institucionales, como los sínodos de obispos, pero también por relaciones familiares de parentesco o filiación espiritual, dentro de las cuales se insertaban los monasterios y las reformas monásticas, estaba agonizando. Roma, al igual que las nacientes monarquías europeas, se encontraba en pleno proceso de construcción de un poder centralizado y absoluto. Aunque aún faltan casi dos siglos para que éste se manifieste en su apogeo con Bonifacio VIII.

La crisis de Ponce de Melgueil y las demás crisis de Cluny durante el siglo XII, no fueron el producto de la decadencia del monacato cluniacense tradicional, sino que el mundo exterior al monasterio había cambiado y la abadía seguía anclada en tradiciones y formas de interactuar con el mundo, que son tardo carolingias o propias del primer feudalismo. Paradójicamente, la destitución de Ponce se explica más por tratarse de un excelente abad cluniacense y un dignísimo sucesor de la tradición abacial de Cluny, que por ser un personaje decadente. Este desacople entre el antiguo modelo monástico y el mundo extra-claustral, fue precisamente lo que san Bernardo vio y comprendió cuando “fundó” el Císter o, mejor, la espiritualidad cisterciense, que a su vez sufrirá un proceso de crisis para ser reemplazada más tarde por las órdenes mendicantes.

Una vez más, en este momento conviene hacer algunas aclaraciones teóricas, que pueden ser discutidas por el lector. Las órdenes y congregaciones tienen carismas fundacionales elaborados por sus creadores, pero también responden a determinadas formas de entender la religión y la espiritualidad en la Iglesia en su totalidad, pensada como comunidad de creyentes en el camino de la salvación. Cuando hablo de crisis, decadencia o reemplazo de una orden o congregación por otra, no quiero decir que aquella que “pierde” en el proceso, desaparezca o deje de tener funcionalidad dentro de la Iglesia (esto no es históricamente cierto), sino que ya no es el *main stream* de la vida espiritual y responde a las necesidades y formas específicas de vivir la religión de grupos o individuos dentro de la Iglesia, pero que ya no son mayoritarias entre los fieles. Por qué se producen estos cambios en las formas de vida espiritual y religiosa del cristianismo en general y del catolicismo en particular, es un tema demasiado grande para este artículo y para las limitadas capacidades intelectuales de su autor. Pero es un gran tema para la sociología e historia de la religión y está directamente relacionado con las transformaciones de las sociedades, de las que las Iglesias cristianas son, fueron y serán parte.

En todo caso, volviendo al tema de Ponce, su deposición inició un siglo de crisis para Cluny, en el cual a pesar de todo brillará una última gran figura del monacato cluniacense: Pedro el Venerable.

Luego de la deposición u abdicación forzada de Ponce por parte del papa Calixto II en 1122, fue elegido Hugo II como sucesor, pero este muere pocos meses después. A continuación fue elegido Pedro Mauricio de Montboissier, quien más tarde será llamado el Venerable. Ponce, a pesar de todo, intenta retomar el control de la abadía en 1125, pero a la larga debe partir a Tierra Santa y abandonar definitivamente sus aspiraciones abaciales.

Pedro nació en 1092 o 1094 y provenía de una familia señorial de Auvergne. Ingresó como oblató en el monasterio cluniacense de

Sauxillanges y profesó en 1109. El 22 de agosto de 1122 se convirtió en abad de Cluny. Se trataba indudablemente de un intelectual, capaz de escribir textos teológicos en defensa de la fe. Durante su abadiato, la reforma aún se expandirá, pero se tratará de un fenómeno ya marginal.

Pedro fue ante todo un reformador, que tuvo que afrontar los numerosos peligros que acechaban a Cluny: veleidades de independencia por parte de algunos claustros dependientes, problemas financieros y las críticas del nuevo monacato. Demostró ser un líder muy dinámico, que viajaba a visitar a sus dependencias o por cuestiones eclesiásticas (numerosos viajes a España, al Imperio, a Inglaterra e Italia). En 1132 reunió el primer capítulo general, la *Ecclesia Cluniacensis* evolucionó hacia una orden propiamente dicha, con una organización institucional, basada ya no en las *consuetudines*, sino en los estatutos abaciales. En este sentido formó parte de un proceso de institucionalización, que incluía a las nuevas órdenes fundadas en ese siglo, pero también se manifestó con el progreso del derecho escrito en el mundo laico y eclesiástico.

Pedro afrontó también los problemas financieros. Cluny tenía una población de trescientos hermanos, pero apenas podía alimentar a un centenar, porque sus obras de caridad (acoger huéspedes o mantener pobres) le costaba una parte importante de sus ingresos. Realizó una serie de reformas con el objetivo de reducir gastos, pero nunca pudo restablecer completamente las cuentas de la abadía.

Los años posteriores a la muerte de Pedro el Venerable en 1156, fueron complicados para Cluny. Los abadiatos son cortos e incluso la reconstrucción de la cronología es compleja. Tres abades son depuestos consecutivamente. El cargo de abad de Cluny se convirtió para muchos en el camino de ascenso hacia otros honores, pero este es un fenómeno que sufrió también, por la misma época, el Císter. A partir de fines del siglo XII, se inició el repliegue cluniacense, que lo llevará a convertirse en una orden exclusivamente francesa.

Finochietto 850, 2ªA
CP 1272 - Buenos Aires.
ARGENTINA

BIBLIOGRAFÍA

Textos fundamentales de la tradición cluniacense:

JOTSALDO DE SAINT-CLAUDE, *Vita des Abtes Odilo von Cluny*, JOHANNES STAUB (ed.), Hannover, Hahnsche Buchhandlung, 1999.

JUAN DE SALERNO, *Vita sancti Odonis*, MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 133, cols. 43-86.

ODILÓN DE CLUNY, *De Vita Beati Maioli Abbatis*, MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 142, cols. 943-962B.

IDEM, *Epitaphium domne Adalheidae auguste*, en PAULHART (ed.), *Die Lebensbeschreibung der Kaiserin Adelheid von Abt Odilo von Cluny*, Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung, Ergänzungband XX, 2 Graz/Köln, 1962, pp. 27-45.

IDEM, *Sermones*, en MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 142, cols. 991-1036A.

ODON DE CLUNY, *Moralia in Job*, en MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 133, cols. 105-512D.

IDEM, *Collationes*, en MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 133, cols. 517-638.

IDEM, *De Vita Sancti Geraldii Aureliacensis Comitum Libri Quatuor*, en MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 133, cols. 639-710C.

IDEM, *Occupatio*, A. SWOBODA (ed.), Leipzig, 1900.

PEDRO EL VENERABLE, *Adversus Iudaeorum inveteratam duritiam*, Y. FRIEDMAN (ed.), Turnhout, 1985 (CCCM 58).

IDEM, *Contra Petrobrusianos hereticos*, J. FEARNES (ed.), Turnhout, 1968 (CCCM 10).

IDEM, *Contra sectam Sarracenorum*, R. GLEI (ed.), *Petrus Venerabilis Schriften zum Islam*, Altenberge, 1985 (*Corpus Islamico-Christianum*, Series latina 1), pp. 30-225.

RAÚL DE SULLY, *Vita Petri Venerabilis*, en MIGNE, *Patrologia Latina*, t. 189, cols. 15-28.

RAÚL GLABER, *Historiarum libri quinque*, J. FRANCE (ed.), *Rodulfus Glaber, Opera*, Oxford University Press, 1989.

ULRICO, *Antiquiores consuetudines. Cluniacensis monasterii*, Migne, *Patrologia Latina*, t. 149, cols. 635-778.

Selección de estudios acerca de la Reforma Cluniacense:

Trabajos generales:

A Cluny. Congrès scientifique. Fêtes et cérémonies liturgiques en l'honneur des saints abbés Odon et Odilon, 9-11 juillet 1949. Travaux du Congrès, art, histoire, liturgie, *Dijon, Société des Amis de Cluny, imprimerie Bernigaud et Privat, 1950.*

G. CONSTABLE, *Cluniac Studies*, London, Variorum Reprints, 1980.

Le gouvernement d'Hugues de Semur à Cluny. Actes du Colloque scientifique international (Cluny, septembre 1988), *Ville de Cluny, 1990.*

Kassius HALLINGER, *Gorze-Kluny. Studien zu den monastischen Lebensformen un Gegensätzen im Hochmittelalter*, Roma, Studia Anselmiana, 1950-1951.

Odon HUREL, Denyse RICHE, *Cluny. De l'abbaye à l'ordre clunisien X^e-XVIII^e siècle*, Armand Colin, 2010.

Noreen HUNT (ed.), *Cluniac Monasticism in the Central Middle Ages*, London, 1971.

EADEM, *Cluny under Saint Hugh*, London, Arnol, 1967.

A. KOHNLE, *Abt Hugo von Cluny (1049-1109)*, Sigmaringen, 1993.

Gert MELVILLE, "Cluny après 'Cluny'. Le troisième siècle: un champ de recherche", *Francia* 17/1 (1990), 91-124.

Marcel PACAUT, *L'Ordre de Cluny*, Paris, Fayard, 1986.

Pierre Abélard-Pierre le Vénéralbe. Les courants philosophiques, littéraires et artistiques en Occident au milieu du XII^e siècle, Abbaye de Cluny, 2-9 julio de 1972, J. CHÂTILLON, J. JOLIVET, R. LOUIS (eds.), Paris, 1975.

Dietrich W. POECK, *Cluniacensis Ecclesia. Der cluniacensische Klosterverband (10.-12. Jahrhundert)*, Munich, 1997.

E. SACKUR, *Die Cluniacenser und ihrer kirchlinchen und allgemingeschichtlichen Wirksamkeit bis zur mitte des elften Jahrhunderts*, Halle, 1892-1894.

Guy de VALOUS, *Le monachisme clunisien des origines au XV^e siècle*, Paris, 1970.

Joachim WOLLASCH, *Cluny Licht der Welt. Aufstieg und Niedergang der klösterlichen Gemeinschaft*, Düsseldorf, Artemis und Winkler, 1996.

Cultura, teología y cosmovisión:

M.-C. BODARD, "Le mystère du corps du Seigneur. Quelques aspects de la christologie de Pierre le Vénéralbe", *Collectanea Ordinis Cisterciensium reformatorum* 18 (1956), pp. 118-131.

M. Th. BROLIS, “La crociata per Pietro il Venerabile: guerra di arma o guerra di idee”, *Aevum* 61 (1987), pp. 327-354.

N. BULST, *Untersuchungen zu Klosterreform Wilhelms von Dijon (962-1031)*, Bonn, 1973.

Veronika von BÜREN, “Le catalogue de la bibliothèque de Cluny du XIe siècle reconstitué”, *Scriptorium* 46 (1992), pp. 256-267.

Glauco Maria CANTARELLA, “Cultura ed ecclesiologia a Cluny (sec. XII)”, *Aevum* 55/2 (1981), pp. 272-293.

IDEM, “Un problema del XII secolo: ecclesiologia di Pietro il Venerabile”, *Studi Medievali*, 3° Serie, 19 (1978), pp. 159-209.

Ovidio CAPITANI, “Motivi di spiritualità cluniacense e realismo eucaristico in Odone di Cluny”, *Bulletino dell'Istituto Storico Italiano per il Medio Evo e Archivio Muratoriano* 71 (1950), pp. 1-18.

Giles CONSTABLE, “The vision of Gunthelm and others visiones attributed to Peter the Venerable”, *Revue Bénédictine* 66 (1956), pp. 92-114.

G. CHACHUAT, “L'érémisme à Cluny sous l'abbatiat de Pierre le Vénéral”, *Annales de l'académie de Mâcon* 58 (1982), pp. 89-96.

R. ÉTAIX, “Le lectionnaire de l'office à Cluny”, *Recherches augustiniennes* 11 (1976), pp. 92-159.

P. HENRIET, “Saint Odilon devant la mort. Sur quelques données implicites du comportement religieux au XIe siècle”, *Le Moyen Âge* 96 (1990), pp. 227-244.

Dominique IOGNA-PRAT, *Ordonner et exclure. Cluny et la société chrétienne face à l'hérésie, au judaïsme et à l'islam 1000-1150*, Paris, Aubier, 1998. (Hay otras ediciones).

IDEM, *Agni immaculati. Recherches sur les sources hagiographiques relatives à saint Maieul de Cluny (954-994)*, Paris, 1988.

IDEM, “Coutumes et status clunisiens comme sources historiques (ca. 990-ca. 1200)”, *Revue Mabillon* n.s. 3 (1992), pp. 23-48.

IDEM, “La Croix, le moine et l'empereur: dévotion à la Croix et théologie politique à Cluny autour de l'an Mil”, en IDEM, *Études cluniennes*, Paris, Picard, 2002, pp. 75-92.

Jean LECLERCQ, “La christologie clunisienne au siècle de saint Hugues”, *Studia Monastica* 31 (1989), pp. 267-278.

A. MÜSSIGBROD, “Zur Necrologüberlieferung aus cluniacensichen Klöstern”, *Revue Bénédictine* 98 (1988), pp. 62-113.

Edmond ORTIGUES, Dominique IOGNA-PRAT, “Raoul Glaber et l'historiographie clunisienne”, *Studi Medievali*, 3° Serie, 26/2 (1985), pp. 537-572.

C. J. BISCHKO, “Fernando I and the origins of the Leonese-Castilian alliance with Cluny”, en IDEM, *Spanish and Portuguese Monastic History 600-1300*, London, Variorum Reprints, 1984.

Constance BRITTAIN BOUCHARD, *Sword, Miter and Cloister. Nobility and the Church in Burgundy, 980-1198*, Ithaca/London, Cornell University Press, 1987.

G. CONSTABLE, G. MELVILLE, J. OBERSTE (eds.), *Die Cluniazencer in ihrem politisch-sozialen Umfeld*, Münster in W., 1998.

H. E. J. COWDREY, *The Cluniacs and the Gregorian Reform*, Oxford, 1970.

Hermann DIENER, *Das Verhältnis Clunys zu den Bischöfen vor allem in der Zeit seines Abtes Hugo (1049-1109)*, en Gerd TELLENBACH (ed.), *Neue Forschungen über Cluny und die Cluniacenser*, Freiburg, Herder, 1959, pp. 219-352.

George DUBY, “Le budget de Cluny entre 1080 et 1155”, en IDEM, *Hommes et structures du Moyen Âge*, Paris/La Haye, 1973.

Dominique IOGNA-PRAT, “Cluny, 910-1910, ou l'instrumentalisation de la mémoire des origines”, en IDEM, *Études clunisiennes*, Paris, Picard, 2002, pp. 201-224.

IDEM, “La place idéale du laïc à Cluny (v. 930-v. 1150). D'une morale statutaire à une éthique absolue?”, en IDEM, *Études clunisiennes*, Paris, Picard, 2002, pp. 93-124.

W. JORDEN, *Das cluniazensiche Totengedächtniswesen vornehmlich unter den drei ersten Äbten Berno, Odo und Aymard (910-95)*, Münster im W., 1930.

Joachim MEHNE, “Cluniacenserbischofe”, *Frühmittelalterliche Studien* 11 (1977), pp. 241-287.

Isabelle ROSÉ, *Construire une société seigneuriale: itinéraire et ecclésiologie de l'abbé Odon de Cluny (fin du IX^e-milieu du X^e siècle)*, Turnhout, Brepols, 2008.

Barbara ROSENWEIN, *Rhinoceros Bound. Cluny in the Tenth Century*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1982.

EADÉM, *To Be the Neighbor of Saint Peter. The Social Meaning of Cluny's Property, 999-1049*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1989.

W. TESKE, “Laien, Laienmönche und Laienbrüder in der Abtei Cluny. Ein Beitrag zum 'Konversen-Problem'”, *Frühmittelalterliche Studien* 10 (1976), pp. 248-322 y 11 (1977), pp. 288-339.

J.-P. TORRELL, “L'Église dans l'oeuvre et la vie de Pierre le Vénérable”, *Revue Thomiste* 77 (1977), pp. 357-392 y 558-591.